

que respecto de este tratado nos comunica la tradición no vale más que lo que nos dice, por ejemplo, de la obra sobre la *Constitución de Atenas* que lleva el nombre de Jenofonte. Son tales los deterioros que ha sufrido el texto, que se ha podido á veces tener por semibárbaro el estilo de Eneas, al paso que otras se han creído reconocer en su incorrecta forma, vestigios de la rudeza del soldado. Un estudio más detenido, ha hecho que en los modernos tiempos se formase opinión muy diferente. Ni en pureza ni en propiedad de dicción, cede Eneas á ninguno de sus contemporáneos; en tal manera que muy bien puede comparársele con Jenofonte <sup>1)</sup>. Por do quiera revela conocer las obras literarias anteriores á su tiempo, y haber utilizado la de Heródoto, por ejemplo, y tal vez también la de Tucídides. Ahora bien: es indudable que no puede determinarse con seguridad, si tanto el fondo como la forma de esta obra, hasta aquí casi olvidada y que ha venido á enriquecer, por decirlo así, la literatura antigua, son debidos al mismo autor; pero sí puede afirmarse que en la época de su aparición, no faltaban en manera alguna hombres capaces de dar á un asunto cualquiera, forma y estilo en armonía con las exigencias del gusto refinado de sus contemporáneos.

<sup>1)</sup> Meineke, en el HERMES, vol. 2, p. 190, llama la atención acerca de ciertas analogías entre Platon y Tucídides en punto al dialecto.

## CAPÍTULO XLIII

### Vida y magisterio de Platon.

Cuentan, sin que esta historia ofrezca más garantías de verosimilitud que otras muchas análogas que la antigüedad nos ha transmitido, que poco antes de morir felicitábase Platon de la suerte que le cupo en haber nacido hombre más bien que irracional, varon más bien que mujer, griego más bien que bárbaro, y sobre todo en haber venido al mundo en la época en que vivió Sócrates <sup>1)</sup>. Para tener clara idea de la influencia ejercida por Sócrates sobre Platon, no hacía falta poner en boca de éste último semejante dicho. Más claramente que en ella, revélase esta influencia en cada una de sus producciones. La manera como en estas se representa á Sócrates pudiera hasta suscitar con algún fundamento, la cuestión de cuál de los dos es el que en definitiva tiene más que agradecer al otro. Sócrates fué sin duda, el que enseñó á Platon el fin á que este encaminó luego toda su actividad. Pero no debe tenerse por menos cierto que sin el discípulo, la alta significación del maestro, toda la imponente grandeza de su carácter intelectual y moral, apenas habrían llegado á noticia de las generaciones posteriores.

Mas por íntimas que sean las relaciones en que en todo tiempo aparecen unidos estos dos hombres, ofrecen, sin embargo, más de un aspecto á primera vista extraño y chocante. Entre el gran número de discípulos que rodearon á Sócrates y que fueron sus más entusiastas partidarios, sería difícil, si quisiéramos juzgar por meras apariencias, citar uno solo que se pareciese menos á su maestro que Platon. Es muy de extrañar el empeño con que

<sup>1)</sup> Plutarco en la *Vida de Mario*, cap. 46. Análogas manifestaciones se ponen en labios así de Tales como del mismo Sócrates. Véase Hermipo, en Diógenes Laercio, I, 33.

un joven emparentado con las más nobles familias de Atenas, se unió á un hombre cuya profesión era completamente distinta de aquella para la que él parecía tener vocación especial. Mas no sólo en lo que toca al nacimiento y á las riquezas, sino también en lo que respecta al carácter y á la manera cómo comenzó á figurar más tarde, no es fácil hallar entre Sócrates y Platon la analogía que indudablemente mediaba entre el primero de aquellos hombres y Antístenes. Aunque no concedamos gran crédito á la multitud de conocidas anécdotas inventadas, según parece, con el fin de hacer resaltar lo más posible el contraste entre Antístenes y Platon, es tanto más difícil desconocer la distinción y nobleza innatas que caracterizaban á este último, cuanto que parece haberlas transmitido á sus partidarios. Mas degenerando á menudo estas cualidades en hueca ostentación y vanidad, han venido á constituir el sello característico que aun en época muy posterior—basta con ver, para convencerse de ello, las descripciones de Luciano—diferenció á los partidarios de la Academia de los que siguieron otras tendencias filosóficas.

Es, sin embargo, más importante que esta diferencia, por mucho que se hicieran sentir sus resultados, la que se advierte entre las ideas filosóficas de Sócrates y las de Platon. Que este último superó frecuentemente al primero, es tan cierto, como indudable es que otros diversos sistemas filosóficos que antes ó después llamaron particularmente su atención, ejercieron en él un influjo más ó menos profundo y decisivo. No ofrece, sin embargo, pocas dificultades la tarea de determinar con exactitud y bajo todos aspectos, la verdadera línea divisoria, especialmente en lo que se refiere á Sócrates. A medida que más se esfuerza Platon, aun allí donde expone sus más peculiares ideas ú opiniones con las cuales no podía estar familiarizado Sócrates, por cubrirse con la autoridad de éste, es tanto más difícil marcar con seguridad completa el punto en que termina de hablar el maestro y comienza realmente el discípulo. Mas sea cualquiera el criterio que en definitiva se adopte en este asunto, hay que reconocer que Platon fué, entre todos los discípulos de Sócrates, el que mejor comprendió los fundamentos de su doctrina y el que con más acierto los ha desarrollado.

Dada la adoración de que Platon fué objeto para los antiguos, podrá parecer extraño que no se haya honrado su memoria con una biografía digna de él; y es que mucho más frecuente que

el deseo de inquirir la verdad sobre las cualidades de su persona y vicisitudes de su vida, parece haber sido el empeño en rodear con los resplandores de la gloria al que siempre se ha dado el sobrenombre de divino. Así se explica el número relativamente considerable de maravillosas leyendas que contienen cuantas biografías suyas nos ha transmitido la antigüedad; mientras que las noticias que de él tenemos, sobre todo de cuanto toca á su educación y desarrollo, sus viajes, su magisterio y la época en que escribió sus varias obras, ofrecen diversas lagunas <sup>1)</sup>.

Entre las distintas fechas que se citan como años del nacimiento de Platon, cuyas diferencias son, por lo demás, poco considerables, debe ser indudablemente preferida la garantizada por el testimonio de su discípulo Hermodoro, la cual siguió ya en la antigüedad el cronógrafo Apolodoro al asegurar que Platon nació el año 1 de la 88.<sup>a</sup> Olimpiada, 428/427, a. Chr. <sup>2)</sup>. Mas es dudoso si realmente nació Platon el 7 del mes Targelion, punto al cual se ha concedido en época posterior gran importancia, porque los delios celebraban solemnemente en este día, la fiesta del natalicio de Apolo <sup>3)</sup>.

Lo mismo por su padre Ariston que por su madre Perictione,

<sup>1)</sup> Los apuntes tomados por los primeros discípulos de Platon, entre los cuales habian escrito Espeusipo un *ἐγκώμιον Πλάτωνος*, Xenócrates un *περὶ τοῦ Πλάτωνος βίου*, y Filipo de Opuncia un *περὶ Πλάτωνος*, son demasiado poco conocidos para que pueda formarse juicio seguro sobre los mismos. Otro tanto puede decirse de una obra de Hermodoro (véase E. Zeller, *Diatr. de Hermodoro*, Marb., 1859), á la cual, por lo menos, tenemos que agradecer el conocimiento de algunos hechos importantes. Esta parte de la obra de Diógenes Laercio es una compilación formada con los elementos más heterogéneos. Por lo que toca á los trabajos posteriores—además de la noticia biográfica que precede al comentario de Olimpodoro al *Primer Alcibiades*, poseemos aquella otra que forma parte de una introducción á las obras de Platon—su principal valor consiste en que muestran la imperfecta y equivocada idea que los neoplatónicos tenían de Platon. Lo mismo puede decirse de las noticias que hallamos en Suidas. Las que contienen las supuestas cartas de Platon, no pueden ofrecernos garantía de ningún linaje.

<sup>2)</sup> Diógenes Laercio, 3, 6 y 3, 2. La noticia que encontramos en Ateneo, 5, p. 217, a., de que Platon nació el año 3 de la 87.<sup>a</sup> Olimpiada, se explica perfectamente por el deseo de suponer nacido al filósofo el mismo año en que murió Pericles. Puede estudiarse más detenidamente este punto en Steinhart, *Platons Leben*, Leipzig, 1873.

<sup>3)</sup> Señalábase como día del nacimiento de Sócrates el 6 del mes Targelion, en que se celebraba el natalicio de Artemis. Véase O. Müller, *Dorier*, vol. 1, p. 330: «Es mera leyenda lo de que Sócrates naciera en aquel día, y en éste Platon.»

descendía Platon, cuyo primitivo nombre debió ser Aristocles <sup>1)</sup>, de ilustres y antiquísimas familias de Atenas. No han faltado intentos de derivar su árbol genealógico, no solo de Solon y de Codro, sino de los mismos dioses, cuando no se ha preferido atribuirle un origen inmediatamente divino. En todo caso, mucho más importantes que pueden ser para nosotros semejantes genealogías en su mayor parte fabulosas, debió ser para el joven Platon el parentesco cercano que le unía á hombres como Cricias, por ejemplo. El papel desempeñado por éste, como jefe del partido oligárquico, y su violenta muerte, no podían en manera alguna dejar de producir impresión en Platon; con tanto más motivo cuanto que habían sido muy variados los esfuerzos y aspiraciones de un hombre que, aunque en definitiva y en armonía sobre todo con su carácter superficial y ambicioso llegó á figurar entre los sofistas, durante algún tiempo había mantenido estrechas relaciones con los socráticos. Ni por aserto alguno de Platon ni por ningún otro testimonio, sabemos nada sobre la influencia que sobre él ejercieron los acontecimientos en que Cricias tomó tan activa parte; mas no puede negarse la posibilidad de que la circunstancia de no intervenir posteriormente Platon en los asuntos públicos de su patria—hecho que ya los antiguos intentaron explicar á menudo <sup>2)</sup>—tuviera su principal fundamento en el desasosiego y turbulencias políticas, bajo cuyo imperio se deslizó su niñez. Al imponente desarrollo del poderío político de Atenas, al breve esplendor del ciclo de Pericles, sucedió, á consecuencia de los reveses de la guerra y muy especialmente del desastroso resultado de la expedición contra Sicilia, una decadencia tan completa como rápida. Ahora bien: tan desfavorable como era la situación de Atenas en el exterior, lo era en el interior, merced á la enconada lucha que entre sí mantenían los partidos extremos.

Que bajo el imperio de tales circunstancias un carácter como el suyo, más propenso al idealismo que atento á la realidad, debía sentirse anonadado y abatido, habríamos de darlo por más que verosímil, si semejante hecho no estuviese ya completamente

<sup>1)</sup> Ni puede dudarse de la exactitud de este aserto, ni es fácil determinar el motivo de este cambio de nombre. Las explicaciones que sobre este hecho dieron los antiguos no satisfacen, porque el nombre de Platon—basta para ello recordar al poeta cómico—parece no haber sido raro. Análogos ejemplos nos ofrecen el poeta Estesicoro, y posteriormente Teofrasto.

<sup>2)</sup> Trata esta cuestión el autor de la séptima carta atribuida á Platon.

garantizado por afirmaciones incidentales de sus propias obras. Es además muy dudoso que Platon, á quien en todo tiempo se ha contado entre los políticos teóricos de más genio, poseyera también aptitudes para poner por obra sus opiniones y doctrinas. Que carecía del tacto necesario para amoldarse á las circunstancias de la vida política, lo demuestra la acritud á todas luces parcial con que no raras veces juzgó á hombres á quienes los atenienses solían recordar con orgullo; y no menos vienen á demostrar en cuán escasa medida poseía la flexibilidad de carácter necesaria para poder imponerse á las diversas situaciones, los fracasos de que fueron seguidos sus conatos de ejercer influencia política directa. Conviene, por último, con todo ello, lo que se dice sobre los ensayos poéticos á que consagró su juventud. Aun cuando las noticias que á esto se refieren no concuerdan completamente, ó se nos ofrecen en parte ataviadas con las galas de la fantasía <sup>1)</sup>, en general hay tanto menos motivo para ponerlas en duda, cuanto que su carácter poético aparece claro, no sólo en sus obras posteriores, sino en todo su ser.

En el estudio de la Filosofía, Platon, cuyas dotes intelectuales y morales llegaron muy prematuramente á su completo desarrollo <sup>2)</sup>, fué guiado primero por Cratilo, de la escuela de los Heráclidas <sup>3)</sup>. Aun que el diálogo de Platon que lleva este nombre, debe

<sup>1)</sup> Diógenes Laercio, 3, 5, habla de que Platon comenzó á figurar como atleta en los juegos istmicos, y cita en su apoyo la autoridad de Dinarco. Menciona luego sus ensayos pictóricos, y más adelante dice: *καὶ ποιήματα γράψαι πρῶτον μὲν διδυράμβους, ἔπειτα καὶ μέλη καὶ τραγωδίας*. Por el contrario, Eliano, *Hist. var.*, 2, 30, refiere que Platon comenzó por cultivar la epopeya, pero que quemó sus poemas cuando los hubo comparado con los de Homero. Después hubo de dedicarse á la tragedia, y tenía ya concluída una tetralogía destinada al teatro, cuando oyó á Sócrates; este suceso le movió á retirarse del concurso. De los epigramas que hoy se conservan con el nombre de Platon, ninguno es auténtico, cosa que ya sospecharon también los antiguos.

<sup>2)</sup> Apuleyo, *Dogm. Plat.*, c. 2: *Nam Speusippus domesticis instructus documentis pueri eius aere in percipiendæ ingenium et admirandæ verecundiæ indolem laudavit et pubescentis primitias labore atque amore studendi imbutus refert et in viro harum incrementa virtutum et ceterarum convenisse testatur.*

<sup>3)</sup> Tal confirma el testimonio expreso de Aristóteles, *Metafísica*, 1, 6, página 986, a, 31: *ἐκ νεοῦ τε γὰρ συνήθης γενόμενος πρῶτον Κρατύλῳ καὶ ταῖς Ἑρακλειτείσις δόξαις, ὡς ἀπάντων τῶν αἰσθητῶν ἀεὶ βρόντων καὶ ἐπιστήμης περὶ αὐτῶν οὐκ οὔσης, ταῦτα μὲν καὶ ὕστερον οὕτως ἀπέλαβεν*, con lo cual concuerda el dicho de Apuleyo, *De magia*, c. 2: *Et antea quidem Heracliti secta fuerat imbutus*. Otros, como la fuente de que tomó sus noticias Diógenes Laercio, 3, 6,

ser considerado como muestra de la gratitud que conservaba á su primer maestro, algunas declaraciones dispersas en varios de sus coloquios inducen á creer que juzgó con gran severidad á los insípidos sectarios del gran pensador de Efeso <sup>1)</sup>. Así como la tradición ha exornado el origen de la amistad de Sócrates y Platon, con el relato de un sueño del maestro alusivo á la futura grandeza del discípulo, así también ha procurado ampliar á una larga serie de años, perfectamente incompatible con la sucesión de los acontecimientos, la amistad y comunicación directa de ambos. Tampoco en este punto merecen crédito otras noticias que las de Hermodoro, según el cual Platon solo mantuvo relaciones estrechas con Sócrates durante ocho años <sup>2)</sup>.

El mismo cuidado con que Jenofonte evitó el hablar detenidamente de sus relaciones personales con Sócrates, se advierte también en Platon. Tal circunstancia autoriza la hipótesis de que la noticia que hallamos en el *Fedon* sobre que un ligero malestar impidió á Platon asistir á la última conferencia de Sócrates <sup>3)</sup>, no fuera más que un simple recurso empleado por el autor para salvar la dificultad, ó de tener que presentarse á sí mismo como uno de los interlocutores, ó, lo que evidentemente habría sido más impropio, de aparecer como simple oyente y mudo espectador. Sobre las relaciones de Platon con Sócrates sólo hallamos una indicación ligera en Jenofonte. Necesariamente estas relaciones habían de ser muy cordiales, cuando la amistad que Sócrates le profesaba bastó para asegurar también su benevolencia á Glaucon, hermano de Platon <sup>4)</sup>. Cuán dolorosamente impresionó á este último la sentencia y muerte de Sócrates, demuéstranlo con suficiente claridad los diversos pasajes de sus diálogos en que habla del asunto. En cambio debe considerarse como una invención del peor gusto la tentativa que se le atribuye, y que desde luego se tiene por frustrada, de modificar la sentencia de los jueces <sup>5)</sup>.

afirman que cuando recibió lecciones de Cratilo, había conocido ya á Sócrates.

<sup>1)</sup> Como en el *Teeteto*.

<sup>2)</sup> En Diógenes Laercio, 3, 6.

<sup>3)</sup> Pág. 59, b. Que Platon se halló presente al proceso de Sócrates, lo prueba la *Apología*, p. 38, b: Πλάτων δὲ ὄδε, ὃ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, καὶ Κρίτων, καὶ Κριτόβουλος, καὶ Ἀπολλόδωρος κελεύουσί με τριάκοντα μῶν τιμήσασθαι, αὐτοὶ δ' ἐγγυᾶσθαι.

<sup>4)</sup> *Memorias*, 3, 6, 1.

<sup>5)</sup> Diógenes Laercio, 2, 41, dice de Sócrates: κρινομένου δ' αὐτοῦ φησὶν Ἰουστός

Pero no sólo en el ánimo de Platon, sino en las vicisitudes de su vida, influyó también grandemente la muerte de Sócrates, dado que á consecuencia de ella vióse obligado á salir de Atenas. De esta suerte dieron principio sus viajes, y con ellos las dificultades con que tropiezan siempre cuantos pretenden descubrir lo que hay de cierto en las noticias, contradictorias unas veces, arbitrarias ó inventadas con determinado objeto otras, que han llegado hasta nosotros. Cuanto mayor haya sido el influjo que la estancia de Platon fuera de Atenas ejerciera no solo en su propia vida, sino también en las tendencias filosóficas por él más tarde cultivadas, tanto más necesario nos será agrupar y exponer lo que de cuanto se ha dicho sobre este particular parece indudable y seguro. En cambio, nos será permitido pasar en silencio no sólo posteriores anécdotas, sino también apreciaciones formuladas modernamente, según las cuales carecen de todo fundamento cuantos testimonios confirman la estancia de Platon fuera de Atenas <sup>1)</sup>. Con ser mucho lo que se ha inventado acerca de los viajes de Platon, semejante aserto excede, en lo atrevido, á las más peregrinas invenciones.

Aunque no consta en todas las biografías de Platon que poseemos, pocos hechos hay mejor atestiguados que el de que inmediatamente después de la muerte de Sócrates, Platon se trasladó á Megara <sup>2)</sup>. En cambio, es por extremo sospechosa la noticia de que fué el temor lo que le movió á tomar esta resolución, pues es relativamente fácil suponer lo que en realidad le determinara á emigrar; ¿qué más natural, después de haber sido violentamente disuelta la escuela á que él pertenecía, que el deseo de afi-

ὁ Τιβερίδης ἐν τῷ Στέμματι Πλάτωνα ἀναβῆναι ἐπὶ τὸ βῆμα καὶ εἰπεῖν: „νείωτατος ὢν, ὃ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, τῶν ἐπὶ τὸ βῆμα ἀναβάντων“ τοὺς δὲ δικαστὰς ἐκβοῆσαι, κατὰ βῆμα, κατὰ βῆμα. Con esto concuerda el biógrafo anónimo.

<sup>1)</sup> Han defendido esta opinión, Stein, *Sieben Bücher zur Geschichte des Platonismus*, Göttingen, 1862, lib. 2, p. 158 y ss., y Schaarschmidt, *Die Sammlung der Platonischen Schriften zur Scheidung der echten von den unechten versucht*, Bonn, 1866, página 61-81.

<sup>2)</sup> Hermodoro en Diógenes Laercio, 2, 106 y 3, 6. Zeller ha demostrado que la observación que hallamos en el primer pasaje acerca de que los socráticos que fueron á Megara temieran los ὀμώτητα τῶν τυράννων, no perjudica en manera alguna el valor del testimonio. No faltan razones para creer que estas palabras fueron agregadas posteriormente. Debe añadirse aquí que no se sabe nada de que los partidarios de Sócrates, y sobre todo Antistenes, sufrieran molestia alguna. La frase por sí sola ofrece ya no pocas dificultades.

liarse á otra análoga que, dirigida por Euclides, existía en Megara?

Las noticias que sobre Euclides han llegado hasta nosotros son por extremo escasas. Pero más aun que la anécdota poco creíble de que para ver á Sócrates, y habiendo de quebrantar con ello la ley que prohibía la entrada en Atenas á los habitantes de Megara, tuvo que penetrar disfrazado y durante la noche, demuestra cuan estrechas debieron ser sus relaciones con el filósofo, la circunstancia de que un buen número de socráticos acudió luego á su lado; mas no debe inferirse de aquí que los que hasta entonces habían figurado en la escuela de Sócrates se redujesen con esto á la simple condición de discípulos de Euclides. Por lo que toca á Platon, no se compadecen con semejante hipótesis, ni la edad que en aquel tiempo contaba—como el mismo Hermodoro asegura, había cumplido ya los veintiocho años—ni la autoridad y el prestigio que indudablemente tenía conquistados con la publicación de algunas de sus obras que había compuesto, ó antes de la muerte de Sócrates ó inmediatamente después de ella. Así, pues, sus relaciones con Euclides, debieron ser de índole análoga á las que posteriormente le unieron á Espeusipo y Aristóteles. Tratábase pura y simplemente del ingreso en una especie de corporación—y como tales deben ser consideradas las antiguas escuelas filosóficas—que con el fin de «filosofar en común», como dicen Teofrasto y Epicuro <sup>1)</sup>, formaban cierto número de pensadores, animados todos del deseo de coadyuvar con igual esfuerzo, así al mutuo auxilio, como á la difusión de las ideas que ellos tenían por verdaderas.

No sólo carecemos de noticias acerca del tiempo que Platon permaneció en Megara, sino que desconocemos también las razones que le movieron á separarse de Euclides. En cambio, es perfectamente indudable que desde allí pasó á Cirene, hecho que explican las relaciones que de antiguo tenía en esta población. Poco tiempo antes de la muerte de Sócrates, Teodoro, que como matemático y maestro gozaba de gran fama en Cirene, su patria, esruvo en Atenas <sup>2)</sup>, donde indudablemente le había conocido Platon.

<sup>1)</sup> Véase más adelante la pág. 142, nota 1.

<sup>2)</sup> Platon, *Teeteto*, p. 143, d y ss., el comienzo del *Sofista*, y Jenofonte, *Memorias*, 4, 2, 10.

La mayoría de las noticias que hoy tenemos convienen en que de Cirene, cuna de la civilización griega, pasó á Egipto. Pero según otros testimonios, más fidedignos si fuese aplicable en todo caso la conocida regla de crítica según la cual lo que á primera vista parece más inverosímil debería tenerse por lo más cierto, el viaje á Egipto fué posterior al de Italia <sup>1)</sup>. Es de todas suertes mucho más importante que esta cuestión, en la cual sería muy difícil lograr ver completamente claro, la de si Platon estuvo ó no en Egipto. Para resolver este último punto, apenas basta alegar los pasajes de las obras de Platon alusivos á las cosas de Egipto, porque no son en manera alguna de índole tal, que necesariamente hayan de creerse resultado de la propia observación <sup>2)</sup>. Por otra parte, aunque no haya motivo alguno para dudar de la exactitud de una tradición tan generalizada entre los antiguos, no hay tampoco que dar crédito á la especie á menudo sostenida en épocas posteriores, de que la filosofía egipcia ejerció gran influencia en Platon. Por viva que fuera la impresión que le produjese el país del Nilo, con su cultura tan esencialmente distinta de la griega, sus observaciones debieron de coincidir en definitiva tanto más con las de Demócrito <sup>3)</sup>, cuanto que verosíblemente fué muy breve el tiempo que permaneció en Egipto.

Es de todas suertes indudable, que más huellas que su estancia en Egipto dejó en Platon el tiempo que pasó en la Italia meridional y en Sicilia. En realidad, estos viajes no sólo le facilitaron el trato personal con los partidarios que en la Magna Grecia tenían las doctrinas pitagóricas, sino que le ofrecieron ocasión de conocer más á fondo, cierto número de obras de la literatura greco-siciliana. Finalmente, las relaciones que entonces contrajo, así

<sup>1)</sup> Por lo que respecta á los diversos testimonios, los de Diógenes Laercio, 3, 6, y de Quintiliano, *Instit. orat.*, 1, 12, 15, son contrarios á los de Ciceron, *De rep.*, 1, 10, *De finibus*, 5, 29, 87, de Valerio Máximo, 8, 7, *ext.* 3 y de San Agustín, *De civ. Dei*, 8, 4. La opinión emitida por Diógenes Laercio y Quintiliano sería de mayor peso, si se demostrase que los datos de Diógenes proceden de Hermodoro. En cambio son á todas luces inexactas las noticias según las cuales Platon no fué á Cirene sino después de haber visitado á Italia y á Sicilia.

<sup>2)</sup> Las noticias que sobre este punto encontramos en el *Fedro*, p. 274, c., serían muy importantes, en cuanto pudieran servir para resolver la cuestión relativa á la época en que Platon compuso estas obras. Deben citarse además *Político*, p. 264, c, el *Timeo*, p. 21, e, *Político*, 4, p. 435, e, y diversos pasajes de las *Leyes*.

<sup>3)</sup> Véase la pág. 42 del presente tomo.

con el tirano de Siracusa, Dionisio el Antiguo, como con su cuñado Dion, no sólo fueron para él causa de extrañas vicisitudes, sino que ejercieron también gran influencia en la vida de algunos de los que más tarde fueron discípulos suyos.

El carácter fabuloso que sobre todo ostenta la tradición relativa á los pitagóricos, es en parte causa de que choquen también por sus inexactitudes, las noticias sobre las relaciones que Platon sostuvo con algunos de ellos; pues ó no concuerdan entre sí los pormenores, ó nombran á personas que, como sucede por ejemplo, con Filolao, no podían vivir en la época á que se alude, ó se citan nombres de otras cuya existencia es muy discutible. Por lo que hace á los individuos á quienes Platon pudo muy bien tratar personalmente, como Arquitas por ejemplo, ó no tenemos noticias perfectamente indudables, ó consta que fué completamente imposible<sup>1)</sup>; por consecuencia, también en este punto debemos renunciar á descubrir datos precisos y seguros, sobre todo respecto de lo que tantas veces hallamos relatado acerca de la adquisición por Platon, y mediante un precio fabuloso, de una obra de Filolao. Mas sea ó no exacto el dicho de que la idea principal del *Timeo* está tomada de aquella obra<sup>2)</sup>, es innegable que Platon no sólo estudió á fondo las doctrinas de los pitagóricos, sino que éstas ejercieron evidente influjo en sus propias opiniones.

Las investigaciones modernas han demostrado, que también ejercieron en él palmaria influencia algunas obras de la literatura greco-siciliana. El hecho de revelarse esta en ciertos giros del lenguaje, es una prueba de que el interés que aquellas producciones le inspiraron no fué ciertamente efímero y pasajero; y viene á confirmar lo que se ha dicho sobre la predilección que Platon dispensó á los *Mimos* del siracusano Sofron, colocados por Aristóteles al nivel de los discursos socráticos.

La ida de Platon á la corte de Dionisio el Antiguo nada tie-

<sup>1)</sup> Véanse además Ciceron, *De rep.*, 1, 10, *De finibus*, 5, 29, Valerio Máximo, 8, 7, Apuleyo y otros escritores posteriores.

<sup>2)</sup> El testimonio más antiguo acerca de este punto, y al mismo tiempo el más seguro, es el de Timon el Silógrafo, en Gelio, 3, 17: *in eo libro (qui σίλλος inscribitur) Platonem philosophum contumeliose appellat, quod impenso pretio librum Pythagorice disciplinae emisset exque eo Timaeum nobilem illum dialogum concinasset. versus super ea re Timonis hi sunt:*

πολλῶν δ' ἀργυρίων ὀλίγην ἠλλάξατο βιβλίον  
ἔνθεν ἀπαρχόμενος τιμαιογραφεῖν ἐδιδάχθη.

ne de extraña, aun cuando no fuera motivada, como la de Esquines<sup>1)</sup>, por la fama de escritor que había conquistado. Parece que ni los mismos antiguos conocieron la causa determinante de este viaje, pues que unos señalan como tal la amistad que unía á Platon con Dion, mientras otros aseguran que cuando fué á Sicilia conocía ya á Dionisio<sup>2)</sup>. Sin embargo, todas las noticias convienen en que las buenas relaciones que unían á Platon con Dionisio, se trocaron bien pronto en perjudicialísimas para el filósofo; pues, aunque difieren en los pormenores, no se encuentra testimonio alguno antiguo, que ponga en duda el hecho de que Platon fué vendido como esclavo por Dionisio<sup>3)</sup>.

Casi tan difícil como explicar este hecho, es poner en claro la conexión que, segun parece, tuvo con él, la forma y manera en que Platon llegó á adquirir los terrenos donde erigió su escuela. Cuéntase que se los cedió un cierto Aniceris, de Cirene<sup>4)</sup>, el cual los había adquirido por la misma suma que antes pagara por el rescate de Platon, después que le hubo indemnizado Dion.

No puede determinarse con exactitud la época en que, tras vicisitudes tan extrañas, regresó Platon á Atenas. Sábese, sin embargo, que volvió cuando entraba ya en la edad madura<sup>5)</sup>. La fundación de la Academia, que siguió inmediatamente á su re-

<sup>1)</sup> Véase la pág. 25 del presente tomo.

<sup>2)</sup> Según Cornelio Nepote, 10, 2, Dion fué el que indujo á Dionisio á llamar á su lado á Platon.

<sup>3)</sup> Diodoro, 15, 7, cuenta que Dionisio hizo vender á Platon en el mercado de Siracusa. Tzetzes, *Chiliad.*, 10, 995, refiere la pueril historieta de que el pitagórico Arquitas lo compró para enseñarle sus doctrinas. Según otras noticias, Dionisio, después que Dion le hubo disuadido de su primer propósito de matar á Platon, entrególo al embajador espartano Pollis, el cual le mandó llevar á Egina y venderle. Tampoco faltan testimonios sobre el precio pagado por la compra de Platon. La suma de 40 minas, pagada á cambio de su persona, estaba muy lejos de responder á la idea que Séneca se había formado del valor de un filósofo. Véase sus cartas á Lucilio, 47, 12.

<sup>4)</sup> No debe confundirse á éste, con el filósofo de igual nombre, perteneciente á la secta cirenaica, quien según Suidas, floreció á lo sumo en la época de Alejandro.

<sup>5)</sup> Aunque no está confirmada por ninguna otra, la noticia de que Platon contaba ya cuarenta años cuando conoció á Dionisio no deja de tener valor, porque existen testimonios según los cuales el primer viaje á Siracusa fué posterior á la fundación de la Academia. Por lo que toca á la cuestión de si Platon habitó temporalmente en Atenas, en la época que medió entre la muerte de Sócrates y su primer regreso de Sicilia, es muy difícil resolverla de plano, aun cuando parece verosímil la afirmativa.